

## II. DEBATES

### **EN NOMBRE DE LA HISTORIA: UNA CRITICA DISCIPLINARIA DE LA *HISTORIA* *DOBLE DE LA COSTA* DE ORLANDO FALS BORDA\***

**CHARLES BERGQUIST**  
Profesor Universidad de Duke

#### I

Una de las virtudes del autor del ambicioso trabajo que tenemos frente a nosotros, los cuatro extensos volúmenes que componen la *Historia doble de la costa* de Orlando Fals Borda, es su disposición para comprometerse en la auto-crítica pública, actitud por demás rara entre académicos.

En diversas ocasiones, a lo largo de los años, Fals Borda ha expuesto aspectos de su trabajo y de sus concepciones al escrutinio crítico, generalmente con el propósito de evaluar el grado en que sus metas de científico social -metas que con el tiempo se han vuelto manifiestamente políticas y radicalmente democrático-reformistas-, han sido alcanzadas a través de sus métodos y de sus actuaciones como sociólogo. Así por ejemplo, en su obra ampliamente leída, *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, publicada por primera vez en 1970 y reeditada en 1987, el autor reflexionó sobre su primer esfuerzo como científico social, el estudio de los campesinos del municipio de Saucio en los Andes colombianos. En ese libro, que comenzó como una disertación doctoral bajo la tutela de académicos estadounidenses, había, según el autor, "una distancia grande entre el tratamiento del campesino enmarcado aún en el análisis de observación participante, y el planteamiento de la posibilidad de que de la acción pueda obtenerse conocimiento científico". "En lo primero -prosigue- se insiste

\* Una versión preliminar de este ensayo y del ensayo siguiente "Coméntanos a la Mesa Redonda sobre la *historia doble de la Costa*", de Orlando Fals Borda, fueron presentadas en el V Congreso anual de la Asociación Americana de Colombianistas, celebrado en Cartagena, Agosto 1-5 de 1988.

en una diferenciación alta entre teoría y práctica, mientras que por el otro lado se advierte la posibilidad de que por la acción en la praxis se haga una síntesis de las dos, aunque dándole a la práctica un papel determinante"<sup>1</sup>. Estas palabras fueron escritas en 1.985, cuando Fals Borda había publicado ya los primeros dos volúmenes de la *Historia doble*, el trabajo que vendría a demostrar concretamente las virtudes de la segunda modalidad de investigación, esto es, el enfoque participante-activo, descrito en su obra.

Más revelador quizá, es la crítica que el autor hace de otro de sus primeros libros, *Subversión y cambio social en Colombia*, en el cual, según él, deja (al menos en la primera edición) de "cuestionarse [adecuadamente] a sí mismo sobre sus grupos de referencia, el saberse ubicar socialmente, como diría Marx...". Prosigue especificando lo que esto significa para el científico social, resaltando tres conjuntos de preguntas que deben ser absueltas por el hombre de ciencia

" 1. *Sobre el previo compromiso* (pacto): ¿Con qué grupos ha estado comprometido hasta ahora? ¿A quiénes ha servido consciente o inconscientemente? ¿Cómo se reflejan en sus obras los intereses de clase, económicos, políticos o religiosos de los grupos a que ha pertenecido?

2. *Sobre la objetividad*: ¿Cuáles son los grupos que no temerían que se hiciese una estimación realista del estado de la sociedad y que, por lo mismo, brindarían todo su apoyo a la objetividad de la ciencia?

3. *Sobre el ideal de servicio*: ...¿Cuáles son los grupos, movimientos o partidos políticos que buscan servir realmente al conjunto de la sociedad, sin pensar en sí mismos sino en el beneficio real de las gentes marginadas que hasta ahora han sido víctimas de la historia y de las instituciones?"

Estas preguntas propuestas en 1.970, presumiblemente fueron "absueltas" por Fals cuando empezó a escribir la *Historia doble* a fines de la década. Entre tanto, su experiencia política se amplió y su actitud radical cristalizó. Colaboró con Germán Guzmán y Eduardo Umaña Luna en la elaboración del primer estudio serio sobre La Violencia, obra cuyas premisas radicales sacudieron el "establishment" colombiano. Fundó la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Bogotá, donde colaboró con, y recibió una profunda influencia de, su colega, el sociólogo-sacerdote convertido en revolucionario, Camilo Torres.

En 1.970 ayudó a formar una organización de científicos sociales, curiosamente llamada La Rosca, destinada a clarificar y apoyar sus emergentes ideas como "intelectual comprometido". Y finalmente se incorporó a la galvanizante

1 Fals Borda, Orlando. *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá, 1987. p. 122.

2 *Ibid.*, p. 56.

3 Para una historia detallada de la Rosca y sus actividades en apoyo de Fals en la Costa Atlántica ver Parra E., Ernesto, *La investigación-acción en la Costa Atlántica: Evaluación de la Rosca, 1972-1974*. Cali, 1983. Parra es un discípulo fiel al método que Fals denominaría la "investigación- acción participada", discutido en detalle más adelante. Por lo tanto, su historia

experiencia de participación como un auténtico "participante-activista- investigador", en la movilización agraria que erupcionó en su región nativa de la Costa Atlántica en los primeros años de los 70. Esta última experiencia parece haber tenido el mayor impacto en su conceptualización de la *Historia doble*, y en su decisión de escribir un libro enfocado principalmente sobre la lucha por la tierra en su patria chica desde los tiempos de la conquista española.

En diferentes momentos en aquel trabajo -cuyo primer volumen, *Mompox y Loba*, apareció en 1.980, seguido por los volúmenes II, *El Presidente Nieto* (1.981); III, *Resistencia en el San Jorge* (1.984), y IV, *Retorno a la tierra* (1.986)-, Fals critica algunos de los resultados de su trabajo y de su metodología. Por ejemplo, terminando el primer tomo confiesa que su enfoque original en el tema del regionalismo quedó "hacia el final", relegado a segundo plano, porque el primero lo tomó el señorío. Declara también que los materiales sobre Mompox y Loba, pertenecientes a los siglos XIX y XX, "que deberían ser incluidos en este volumen", no lo fueron. Eso, asevera, no fue culpa suya, sino el resultado de "los sucesos represivos de comienzos de 1.979... en los cuales nos vimos envueltos inesperada e injustamente mi esposa María Cristina Salazar y yo".

Los materiales, promete, serán integrados en otros volúmenes. Sus otras observaciones van más al fondo. Confiesa que no está completamente satisfecho ni con el "estilo" ni con la "presentación" del trabajo. No están "totalmente de acuerdo con lo que yo aspiraba..."<sup>4</sup>.

El "estilo" y la "presentación" eran claramente lo más notable, innovador, ambicioso y audaz de la obra. Fals presentó su historia en dos discursos separados, en lo que llamaba dos "canales", A y B: páginas impresas, arregladas una al lado de la otra, para ser leídas simultáneamente. El canal A, a la izquierda, contenía "el relato, la descripción, el ambiente, la anécdota". El canal B, a la derecha, "la interpretación teórica respectiva, los conceptos, las fuentes y la metodología de aquello del canal A y, a veces, resúmenes de hechos". Cada canal podía ser leído separadamente -"de corrido", afirmaba el autor-, pero sena mejor -"la información más completa"-, si se leyeran simultáneamente .

En realidad, aunque Fals no abarca el tema en *Mompox y Loba*, su decisión de escribir una doble historia, una historia en dos canales, obedece a una

es una fuente valiosa para quien quiere entender los principios filosóficos de ese método y conocer los pormenores de las actividades controvertidas de Fals y la Rosca en la Costa Atlántica durante estos años.

4 *Mompox y Loba*, pp. 166B-167B.

5 *Ibid.*, "Advertencias".

lógica filosófica y política profunda que venía desarrollando en una serie de artículos y conferencias sociológicos durante los años 70. De las implicaciones de esta filosofía política, puesta de manifiesto en el estilo revolucionario de la *Historia doble*, me ocuparé más adelante. Aquí es importante anotar que en la mente de Fals, la historia que resulta de su investigación y sus métodos necesita, para realizar su potencial de transformación social, ser presentada en tres niveles diferentes, de acuerdo con la sofisticación intelectual y el entrenamiento de los trabajadores, "campesinos" e intelectuales involucrados en la lucha por la tierra y la liberación regional. El nivel primero y más elemental tiene que ser "bien ilustrado y sencillo". Incluye panfletos e historietas, material audiovisual, etc., y se dirige a las "bases", la masa de trabajadores y "campesinos", que deben ser incorporados, o que ya están participando en la lucha. Este nivel no está formalmente presente en la *Historia doble*, aunque Fals se complace en citar el juicio de un francés que reseñó el primer volumen, quien dice que gran parte de la información del libro (presumiblemente del canal A y de los cientos de fotografías regadas en los cuatro volúmenes), podría servir de base para la construcción de ese nivel rudimentario de comunicación .

El segundo nivel es "más complejo y completo" y está dirigido a los "cuadros" de la organización, a la gente cuyo entendimiento político y teórico es más avanzado, a aquellos cuya entrega a la lucha revolucionaria es más firme, ya que juegan el papel de organizadores de base. El canal A de la *Historia doble* parecería destinado a corresponder a las necesidades y capacidades de esos "cuadros". Finalmente, hay un tercer nivel de comunicación, el más analítico y teórico, que está dirigido a "los intelectuales comprometidos, los universitarios, profesores y funcionarios". Este es el nivel que parece corresponder estrechamente al canal B de la *Historia doble* .

Cuando en 1981 apareció el volumen II de la *Historia doble*, Fals aparentemente ya estaba enterado de que la lectura simultánea de los dos canales no surtía los efectos esperados. En su "advertencia" al volumen, aconsejaba a sus lectores leer cada parte separadamente dentro de cada capítulo .

Un ejemplo final de autocritica aparece al terminar el cuarto volumen. Aquí Fals, veterano ahora de una investigación sostenida y un esfuerzo de exposición que le han tomado casi diez años, reflexiona más hondamente sobre los peligros

6 *El Presidente Nieto*, pp. 59B, 61B.

7 Este material procede de una ponencia presentada ante el *Tercer Congreso Nacional de Sociología*, Bogotá, 1980, y publicada con el título de "La Ciencia y el Pueblo: Nuevas Reflexiones". En: *Ciencia propia*, cap. 9. Las citas aparecen en las páginas 113 y 114. Véase también *El Presidente Nieto*, p. 59B.

8 *El Presidente Nieto*, "Advertencias".

del método que empleó. Aunque estos comentarios están enfocados a los retos diarios enfrentados por el intelectual-activista, quien como el autor intenta catalizar, entender, radicalizar y sostener la lucha por la tierra, bien pueden aplicarse a toda la obra de la *Historia doble*.

Fals comienza citando las observaciones de su colega y copartícipe de las movilizaciones agrarias de los años 70, el sociólogo León Zamosc<sup>9</sup>. Zamosc puntualiza ciertas tensiones en el método de Fals, el llamado "investigación-acción participativa", abreviada por sus practicantes como la "IAP".

"Zamosc tiene razón... al sostener que una de las tensiones principales de la IAP ocurren entre el conocimiento científico y la ideología... Hubo cierta tendencia a ajustar las elaboraciones sociológicas... a la percepción de la gente sobre su propia situación y a producir trabajos inmediatos".

Como consecuencia se perdía, según Zamosc,

"...la posibilidad de identificar las tendencias que existían y anticipar sus efectos eventuales en el reflujo posterior del movimiento campesino. Trascender la ideología existente al definir la problemática de la investigación y chocar con ella al presentar los resultados es, por lo tanto, el sino del investigador comprometido".

Estos temas críticos señalados por el mismo Fals Borda en su esfuerzo por ejercer la autocritica -el problema de la relación entre teoría y práctica, o entre "ciencia" y "compromiso"; el problema de "ubicación", de la postura consciente del investigador vis-á-vis al objeto de la investigación y su audiencia, y la cuestión de la "divulgación" de los resultados de la investigación-, son los mismos que espero abarcar en este ensayo. Lo haré desde la perspectiva de una disciplina diferente del enfoque sociológico de Fals Borda: la disciplina a la que se atribuye el haber desarrollado los métodos más apropiados para el entendimiento y la difusión del conocimiento acerca del pasado; la disciplina llamada historia.

Al hacerlo, espero también abordar temas expuestos en forma dramática en la *Historia doble*, pero que no fueron considerados por el autor en los pasajes autocríticos que he revisado. Estos temas giran en torno a tres pilares del método histórico practicado por los historiadores profesionales de hoy en día:

- 1) la insistencia en el dominio de la historiografía de un lugar y una época dados, como prerrequisito de toda investigación;

9 El atinado tratamiento analítico que da Zamosc al movimiento agrario de principios de la década de 1970 en *The Agrarian Question and the Peasant Movement in Colombia*, (Cambridge, Inglaterra, 1986) proporciona un revelador contrapunto para el tratamiento, más descriptivo e ideológico, que da Fals Borda al mismo tema, en el volumen IV de la *Historia doble*.

10 *Retorno a la tierra*, p. 192B.

- 2) la insistencia en la evaluación crítica y referencias exactas de todas las fuentes primarias, y
- 3) la insistencia en la interconexión dialéctica de todos los aspectos del cambio social. Estos tres conceptos interconectados forman la lógica de la disciplina de la historia, una lógica que la diferencia claramente de las ciencias sociales. Fals Borda, como muchos científicos sociales que se comprometen en la tarea de escribir acerca del pasado, la ignora sistemáticamente y viola cada uno de estos tres principios. Como consecuencia, vista desde la perspectiva del historiador profesional, la *Historia doble* tiende a deformar el pasado, a interpretarlo en forma acrítica y a convertirlo en algo de dudosa utilidad para una sana praxis social. Además, cada uno de estos inconvenientes es magnificado por las libertades que Fals se toma con prácticas universales de investigación social.

Debido a que la crítica disciplinaria que a continuación expongo es bastante negativa, debo apresurarme a afirmar cualidades importantes acerca del trabajo y su autor que, creo, son de una importancia trascendental. La más importante de ellas es el compromiso de Fals Borda de colocar su actividad investigativa al servicio de la lucha de las clases trabajadoras para mejorar y controlar sus vidas y democratizar el desigual y represivo orden social en el que nos encontramos todos. Fals ha hecho más por articular directamente ese compromiso con la acción política, que la mayoría de los científicos sociales e historiadores y, ciertamente, mucho más que yo. El aspecto más importante de la *Historia doble* es el reto lanzado a todos los científicos sociales, y muy particularmente a los historiadores, para hacer relevante su trabajo con respecto a la lucha democrático-social de la clase trabajadora, y diseñar mecanismos para que sus obras sean leídas y evaluadas por la mayoría de la sociedad. El hecho de que, a mi juicio, Fals Borda no haya logrado en la *Historia doble* alcanzar esta meta, no cambia la verdad de que en su intento sostenido nos ha hecho a todos, y en especial a los historiadores, pensar más sobre cómo alcanzarla. Ese es el espíritu constructivo que informa el ensayo que sigue. Y para que no quede duda aquí acerca del reconocimiento de mi propio fracaso en lograr ese objetivo, remito a los lectores al último párrafo de mi libro sobre el movimiento obrero latinoamericano<sup>1</sup>.

## II

La crítica disciplinaria que sigue sobre la *Historia doble*, supone por fuerza un conocimiento previo de la obra. El contenido del mismo es tan grande, variado y disperso, que no permite un resumen conciso<sup>12</sup>. Basta decir que

11 Bergquist, Charles. *Los trabajadores en la historia Latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Bogotá, 1988, pp. 449-50.

12 El estudio empieza con la vívida descripción de una cultura, denominada por Fals Borda

cualquiera que se ponga en la tarea de leer los cuatro tomos, se impresionará por la magnitud de la empresa, por lo mucho que abarca el esfuerzo investigativo, y por la riqueza de la información empírica que contiene -en especial acerca de cultura popular y resistencia popular. Sea cual fuere el dictamen sobre el valor analítico e interpretativo de la obra y sobre los méritos de su método para convertir la historia en un instrumento para la transformación social, el valor de los nuevos datos que Fals ha descubierto sobre una materia casi dejada de lado por la historiografía colombiana no se puede discutir .

### 1. *Historiografía*

El descuido relativo de la región costeña en la historiografía colombiana, que la obra de Fals ayuda a corregir, constituye el primer tema de esta crítica disciplinaria. He dicho que los historiadores profesionales insisten, como prerequisite de la investigación, en el dominio de la historiografía de una época y un lugar. Que así lo hacen, se confirma en la forma como ellos adiestran a sus vastagos, de quienes se espera que lean todo lo que existe en la literatura secundaria en su campo de especialización (v.g., el Japón moderno, la Europa medieval, la época colonial en Latinoamérica, o en caso de campos muy desarrollados, "el Sur" de los EE.UU.)<sup>14</sup>. El historiador neófito tiene que

como "anfibia" y "triétnica", que evolucionó en el transcurso de las épocas precolombina y colonial para hacer frente a las necesidades vitales del hombre en la región palustre ribereña conocida como la depresión momposina (Vol. I). Incluye descripciones de la violenta formación y de la evolución de los sistemas laborales de las grandes propiedades (en su mayoría ganaderas) en diferentes partes de la costa colombiana, durante las épocas colonial y nacional y de la lucha crónica, tanto pasiva como activa, de los pequeños campesinos y los pescadores, por la tierra y por el acceso a los recursos hídricos, que ha acarreado tal proceso (Vols. I, III, IV). Incluye además una incursión en el campo de la historia biográfica y política centrada en la carrera de un caudillo costeño del siglo XIX (Vol. II). Esparcida a lo largo de los cuatro volúmenes hay una extraordinaria cantidad de pormenores concernientes a temas regionales (flora, fauna, arquitectura, poesía, música y danza) y a personajes regionales, tanto de la élite como populares. Diseminadas también por toda la obra hay una gran variedad de hipótesis históricas, teorías acerca del origen de mitos y rasgos culturales propios de la Costa (la no-violencia, "el dejao", el hombre caimán); interpretaciones acerca del flujo y reflujo de la concentración de la tierra, de la inversión de capital, de la cohesión de la élite y de la resistencia popular. Finalmente, la obra dedica muchas páginas a la discusión de la teoría social europea. Dos puntos ayudan a unificar lo que de otra manera parecería un *collage* casi fortuito: el tema de la lucha por la tierra y la delimitación del lugar. Aquellos que deseen leer un resumen comprensivo y una crítica atenta de la obra pueden remitirse a las extensas reseñas del historiador Mauricio Archila, aparecidas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 2 (1984): 111-14 y 7 (1986): 107-11.

13 Este punto ha sido reconocido en casi todos los comentarios sobre el libro. Ver, por ejemplo, el resumen de José Escorcía, *Hispano American Historical Review* (Nov., 1985), pp. 808-811, y el comentario de Germán Colmenares en *El Tránsito a Sociedades Campesinas de dos Sociedades Esclavistas en la Nueva Granada: Cartagena-Popayán, 1780-1850*, Huila, 1988. pp. 69-89. Escritos por historiadores, estos dos comentarios sugieren aspectos de la crítica desarrollada en este ensayo.

14 Este exhaustivo dominio de un campo primario es complementado posteriormente por una

aprobar un examen comprensivo sobre este material antes de que se le permita comenzar su investigación doctoral<sup>15</sup>.

Los historiadores llaman a este análisis de la literatura histórica secundaria de una época y de un lugar, la "historiografía" o "el estudio del estudio de la historia". La historiografía es nuestra "sociología del saber", que insiste en explicaciones de cómo en el pasado observadores y escuelas de pensamiento -cada uno influido por procesos históricos, lealtades nacionales, étnicas y de clase, y por corrientes intelectuales y perspectivas culturales- interpretaron una determinada realidad histórica. Los historiadores profesionales creen que el dominio de la historiografía tiene que preceder a la investigación, por varios motivos. Primero, porque solamente evaluando -en los términos anotados arriba- todo lo que se conoce públicamente sobre una realidad social dada, podemos embarcarnos en una investigación verdaderamente nueva y productiva. Segundo, porque tal dominio historiográfico suministra a los historiadores todos los "datos" ya existentes y todas las interpretaciones previas que el investigador debe asumir, o modificar, o rechazar, pública y honradamente, en cualquier nueva interpretación de los hechos. Tercero, porque todo trabajo interpretativo anterior, como parte de la historia intelectual del objeto social del estudio, se entrelaza con la realidad social (el tercer pilar del método histórico, discutido adelante con más detalle). Y cuarto -y de máxima importancia para esta discusión-, porque hace consciente al historiador del hecho de que *él mismo está influenciado en su percepción del pasado por las mismas fuerzas sociales y culturales que afectaron a sus antecesores*.

Por todas estas razones, pero especialmente por la cuarta, el estudio de la historiografía es esencial en el proceso de la *ubicación*, discutido antes. Ello hace que uno se pregunte a sí mismo por qué se propone estudiar una materia dada en cierta forma, con ciertas metas, en un determinado punto del tiempo. Si Fals se hubiera formulado estas preguntas historiográficas (después de "absolver" sus tres clases de preguntas anteriormente citadas), *es posible que*

lectura más sumaría, pero bastante notable, de la historiografía de campos relacionados (o comparativos, en esferas más progresistas o influenciadas por las ciencias sociales).

15 En contraste, los científicos sociales jóvenes son entrenados, primero, en una rama de la teoría social (tal como sociología rural o macroeconomía) y, luego, si se considera que han llegado a dominarla, pueden empezar a realizar "estudios de caso" para aplicar una "teoría universal" que puede abarcar varias áreas culturales globales. Estas diferencias de entrenamiento son profundas y reflejan supuestos radicalmente diferentes acerca de la naturaleza de la indagación social. Producen, por tanto, conocimientos con fuerzas y debilidades diferentes. Los intercambios intelectuales que resultan de ello indican que las ciencias sociales y la historia pueden existir en una relación simbiótica, que el discurso productivo entre las disciplinas es intensificado por la apreciación cabal de las fuentes lógicas de la práctica disciplinaria y que el trabajo más valioso en el campo de la historia es aquel que más se aproxima a la lógica de las ciencias sociales, sin comprometer, sin embargo, la suya propia (y viceversa). Para una discusión más amplia sobre el tema, véase Bergquist, Charles. "Literatura e Historia: ¿Cordura o Locura?", *Revista de Estudios Colombianos*, 4 (1987): 15-23.

hubiera adoptado una posición menos marcada por el voluntarismo personal y menos inclinada a lo que un crítico moderado de la obra llamó un chauvinismo regional<sup>16</sup>. Es posible que al ubicar su investigación historiográfica, hubiese comprendido mejor y comunicado más eficazmente los orígenes sociales de su proyecto. En la *Historia doble*, Fals crea la impresión de que su decisión de embarcarse en la obra obedeció básicamente a los imperativos morales y políticos personales señalados en sus tres preguntas, a un amor por la cultura de su patria chica y a un interés por su desarrollo con justicia social. Estas motivaciones son admirables e indudablemente verídicas, pero quizá dejan de lado otras dimensiones. Esto último puede ser sostenido a través del tipo de visión historiográfica explicada anteriormente.

Tal visión comenzaría llamando la atención acerca del relativo descuido de la historia costeña en la historiografía moderna colombiana. Esta negligencia no se explica solamente por algún chauvinismo "cachaco", o por una conspiración centralista de parte de una rosca de historiadores profesionales. Se puede argumentar razonablemente que durante el período en que se ha desarrollado una historiografía profesional en Colombia -más o menos en las últimas cuatro décadas- otras regiones del país, especialmente la zona cafetera y los grandes centros industriales de Medellín y Bogotá, y otros temas, en particular los del desarrollo económico y la violencia desde 1.946 a 1.966, han merecido mayor atención que la historia regional costeña. (La misma trayectoria investigadora de Fals durante aquel período puede indicarnos lo mismo en el campo de las ciencias sociales). Llegando a los últimos años de los 60, sin embargo, el marco de los conflictos sociales y políticos, así como el del desarrollo económico del país, empezó a cambiar y nuevos imperativos de investigación -el más obvio, la lucha agraria de la Costa Atlántica- adquirieron una nueva urgencia.

La comprensión de las tendencias y direcciones en la investigación generada por este modo de pensar historiográfico suele tener un efecto saludable sobre la tendencia voluntarista y de autoengrandecimiento presente en todo investigador. En el caso de Fals Borda, obliga a dirigir la atención no hacia su evolución personal, sino hacia las fuerzas de expansión capitalista y el conflicto social. Vistos así los orígenes sociales de la obra, ¿no podríamos decir que son los trabajadores rurales costeños los más responsables del hecho de que ahora tengamos una adición importante a la historiografía de la Costa Atlántica, la *Historia doble* de Orlando Fals Borda? ¿Y no será que lo que esta interpretación hace por adelantar la meta de ensanchar el poder de las fuerzas populares a través de la investigación es más de lo que hacen las muchas profesiones de intención personal de Fals, y sus reiteradas afirmaciones del rol catalítico de los intelectuales en el proceso de movilización social?

16 Mauricio Archila, en su reseña citada en la nota 12.

La falta de ubicación social es sólo una de las consecuencias del descuido sistemático de la historiografía en la *Historia doble*. Esto no debe causar sorpresa. Entrenado como sociólogo, Fals esencialmente ignora la historiografía<sup>17</sup>. Ello no quiere decir que en el curso de su investigación no haya estudiado una buena muestra de la literatura que trata los cuatro siglos y medio de historia colombiana y latinoamericana que abarca en el libro. Quiere decir que no leyó aquella literatura comprensiva y sistemáticamente, que no la evaluó críticamente, que no distinguió interpretaciones anteriores a las suyas y que no logró situarse socio-históricamente ante su tema y ante su público.

Cada una de estas rupturas con el método historiográfico ayuda a explicar problemas importantes en la obra. Trataré de ilustrar estos problemas por medio de una discusión acerca de dos de los temas centrales de la obra: primero, el argumento del segundo volumen sobre Juan José Nieto, el "caudillo" liberal de Cartagena que llegó por un momento, en 1.861, a ser presidente de la República; segundo, la tesis desarrollada en el primer volumen, y reiterada a través de todos los otros volúmenes, sobre la importancia para toda la historia de la Costa de lo que Fals Borda llama "cultura anfibia" de la región.

Sobre Nieto, Fals presenta un estudio muy detallado que aporta datos y análisis importantes, en particular sobre los orígenes populares de este dirigente político costeño y sobre sus compromisos con la masonería de la época. Vista historiográficamente, sin embargo, su tesis central sobre Nieto es muy problemática. Fals se centra en el supuesto paradójico de que el "caudillo" que estudia no es en manera alguna un "caudillo", sino un político que lee y escribe libros serios, recibe el influjo de complejas ideologías y sufre sus contradicciones, trata de manipular o de responder frente a los antagonismos entre los grupos sociales, y continuamente intenta, consciente o inconscientemente, encubrir sus intereses y compromisos regionales, personales o de clase con el ropaje del altruismo y el patriotismo. Fals se sorprende entonces al encontrar que su "caudillo" no se ajusta al estereotipo sobre el cual ha leído en las grandes novelas contemporáneas de América Latina. Para el historiador familiarizado con la historiografía básica de América Latina y Colombia en el siglo XIX, estas cualidades no son sorprendentes. Bien podrían hallarse en casi todos los grandes líderes políticos y militares de la época, trátase de un

17 En un punto, en *Ciencia propia* p. 127, Fals revela que es consciente de la existencia del "estudio del estudio de la historia", pero ni en ese libro ni en otras obras suyas que he leído discute o se aviene con el concepto de historiografía tal como lo entienden los historiadores.

18 Es obvio que como fuentes históricas tales novelas son particularmente sospechosas, no sólo porque sus autores derivan en gran medida su información histórica de la tradición oral a la que Fals Borda otorga tanta importancia (punto que se discutirá más adelante), sino porque, en su calidad de novelistas, se conceden la libertad de imaginar el pasado.

Portales en Chile, un Rosas en la Argentina, o un Mosquera, un Nuñez, un Uribe Uribe o un Rafael Reyes en Colombia<sup>19</sup>.

Pero hay todavía un desajuste más serio en la interpretación de Fals sobre la trayectoria política de Juan José Nieto. En su apresurado esfuerzo por demostrar en Nieto la existencia y las cualidades de una cultura regional, Fals tiende a subvalorar lo que son (para la historiografía profesional sobre la época) las dimensiones históricas fundamentales y de clase de su relato. Hace énfasis en la supuesta tolerancia de Nieto, su fidelidad a sus seguidores populares y sus valores no violentos y antimilitaristas, en lugar del legado político y de clase de las contradicciones centrales del liberalismo colombiano decimonónico, tan claramente personificadas en Nieto. Estas son, en primer lugar, la contradicción entre su compromiso político democrático (que seduce a sus huestes artesanas), y la realidad de su libre-cambismo económico (que durante el curso del siglo XIX fue destruyendo gradualmente la vitalidad de los artesanos como clase). En segundo lugar, la que existe entre su compromiso con el desarrollo capitalista (que seduce a la élite progresista de la que Nieto formaba parte) y la realidad de la dependencia económica (que obligaría hasta hoy a la nación colombiana a apoyarse en la exportación de materias primas en el contexto de una desigual división internacional del trabajo). Por supuesto, Fals no desconoce totalmente la primera contradicción; es la implicación de su énfasis relativo lo que quiero subrayar. Pero sí desconoce completamente -y de hecho parece sancionar indirectamente- la segunda (véase el volumen IV, capítulo 9).

Tomemos ahora como ejemplo su tesis globalizante sobre la cultura regional. Fals afirma continuamente (pero realmente no demuestra) un vínculo causal entre una "cultura anfibia", desarrollada a través de los siglos en los ríos y ciénagas de la Costa, y una cultura política regional, que define como excepcionalmente tolerante y adversa a la violencia. Un repaso a la historiografía sobre la esclavitud en las Américas, sin embargo, y particularmente a la relación entre esclavitud y cultura nacional en el Brasil<sup>21</sup>, daría pie a una tesis

19 Para una bibliografía standard acerca de esto último y para una síntesis del conocimiento histórico de esta época de la historia colombiana, consúltense el volumen II de Jaime Jaramillo, ed. *Manual de historia de Colombia* (Bogotá, 1986).

20 Sobre el liberalismo colombiano pueden consultarse, entre otros, a Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, 3a ed. Bogotá, 1982; Molina, Gerardo *Las ideas liberales en Colombia*. Bogotá, 1973; McGreevey, William P. *Historia económica de Colombia*. Bogotá, 1975.

21 La historiografía brasileña enfatiza, por ejemplo, que el país obtuvo su independencia de Portugal sin tener que sufrir una larga y cruenta guerra; que la habilidad de sus élites para negociar compromisos evitó la fragmentación territorial y las frecuentes guerras civiles que afectaron a otras repúblicas iberoamericanas durante el siglo XIX; que se logró abolir la esclavitud sin tener que enfrentar una guerra intestina como la ocurrida en los Estados Unidos; que en el

alternativa Donde existió la esclavitud, como en la Costa Atlántica, el miedo de la élite a la revuelta esclava y la necesidad estructural de la clase dominante de reproducir un ethos paternalista de tolerancia mutua y de aversión a la violencia, contribuían a difundir precisamente la realidad -y el mito- de los valores culturales ampliamente compartidos que tanto entusiasman a Fals. Contrariamente a las afirmaciones de Fals, parecería derivarse de su propio material que la "cultura anfibia", que describe tan detalladamente en el libro, lejos de generar tolerancia mutua y aversión a la violencia, producía el efecto directamente opuesto. Gran parte de la violencia generada por la resistencia popular descrita en el libro fue precipitada por las violentas incursiones de terratenientes y compañías extranjeras a los playones, los terrenos supuestamente incubadores de la "cultura anfibia" y considerados como de dominio público por las clases populares costeñas.

De estos dos ejemplos surge forzosamente una serie de preguntas. En una historia que busca armar a las clases populares en su lucha democrática ¿no resulta confuso, contraproducente y poco "científico", celebrar valores de tolerancia y aversión a la violencia que parecen ser engendrados como medio de control social por una clase dirigente esclavista regional? ¿Cómo evaluar una historia con metas democráticas revolucionarias que insiste en el aspecto popular de un dirigente político que, a pesar de sus orígenes de clase, al final se entrega a la clase dirigente y a las contradicciones anti-democráticas y dependentistas del liberalismo decimonónico?

Y por último, ¿es viable una historia regional y popular que ignora por completo la figura política más importante de la historia nacional de la segunda mitad del siglo pasado, el otro "caudillo", el cartagenero Rafael Núñez? Como es sabido, Núñez llegó a la Presidencia de la República no por un momento insignificante, sino por un periodo que en la realidad superó por largo tiempo sus cuatro años de presidencia formal. Y la Regeneración que encabezó influyó larga y profundamente el ámbito económico, institucional y político de la Nación.

El curioso descuido de la *Historia doble* respecto a Núñez -y de hecho respecto a todo el periodo de historia nacional que transcurre desde 1.860 hasta prácticamente nuestros días- se explica por varias razones, relacionadas todas con el peculiar concepto de Fals de cómo el intelectual comprometido

siglo XX no ha habido ni revoluciones sociales (como México) ni violencia crónica (como Colombia) y que la experiencia con el autoritarismo, primero, bajo el régimen "populista" de Getulio Vargas y, más tarde, bajo los regímenes militares del periodo posterior a 1975, ha sido menos violenta y más moderada que la de Argentina, Uruguay o Chile. El libro más conocido de esta tradición historiográfica es el clásico escrito por el sociólogo Gilberto Freyre, *Casa grande e senzala*; entre los historiadores el autor más sistemático y prolífico es José Honorio Rodríguez. En tiempos recientes esta tradición ha sido desafiada por una nueva generación de historiadores, quienes hacen énfasis en los orígenes de clase y las dimensiones míticas del llamado carácter nacional brasileño. Al respecto, véase, por ejemplo, la síntesis del siglo XIX de Emilia Vioti' da Costa, *The Brazilian Empire*, Chicago, 1985.

debe concebir la historia y devolverla "sistemáticamente" al pueblo. Este concepto es discutido a fondo más adelante. Aquí, sin embargo, es importante notar cómo, para Fals, el hecho de que las clases populares no inciden autónomamente en la política global del país durante este período hace toda esta historia esencialmente descartable. Y en ese sentido, para Fals, la figura de Núñez debe ser particularmente descartable. Como uno de los arquitectos de la Constitución de 1.886, que Fals critica como antidemocrática y centralista, Núñez además ha recibido mucho énfasis en lo que Fals llama la historia "oficial", escrita con base en "archivos y bibliotecas de academia", por "científicos de la clase alta" que ignoran lo popular . Para Fals, entonces, es lógico y conveniente ignorar al costeño que fue la figura política máxima de su época y volver sus ojos sobre la cultura popular. En esta tarea investigativa aporta realmente mucho. Indaga sobre las cofradías religiosas, la música popular, el baile, los festivales. Este material es más descriptivo que analítico, pero a veces logra mostrar cómo estas instituciones incorporan elementos de resistencia a las formas hegemónicas de dominación cultural .

Para los historiadores, sin embargo, el descuido de los procesos nacionales económicos y políticos básicos de este largo período engendra serios problemas. Y éstos incluyen no sólo los historiográficos (de cobertura, dominio de la literatura secundaria, periodización), que volveremos a tocar bajo el título del tercer pilar de la disciplina histórica: el concepto de la interrelación en el cambio histórico. Incluyen también asuntos que afectan profunda y concretamente la misma comprensión de la temática de la obra. Porque el período clave (1.880-1.920, que inicia la llamada a la "Regeneración" por Núñez), marca una lucha titánica entre fuerzas liberales y conservadoras por definir lo que será la Colombia moderna. La Regeneración adelanta una crítica sistemática del liberalismo cosmopolita. Y su economía política, sobre todo la monetaria, contiene un claro componente nacionalista que la hace inaceptable al capitalismo mundial. La oposición liberal a la Regeneración culmina en la guerra civil más grande que haya visto país alguno en América Latina durante el siglo XIX. La consolidación de la clase dirigente después de la guerra cimienta un régimen estable, monopólico bipartidista, que favorece la rápida expansión del capitalismo exportador, proceso que implica, entre otras cosas, una masiva enajenación y colonización de tierras baldías. En otras palabras, este período, en que se transformó la sociedad colombiana de un conglomerado de regiones con una economía fragmentada y estancada en un Estado-nación con una economía nacional viable, estableció firmemente los parámetros eco-

22 *Ciencia propia*, pp. 93-94.

23 Un buen ejemplo, entre muchos, es el material reunido en el capítulo 5 de *Retorno a la tierra*.

nómicos, sociales y, sobre todo, políticos, dentro de los cuales habría de desenvolverse toda la historia de la lucha de clases durante el siglo XX<sup>2\*</sup>.

*Cabe* preguntar, entonces, si es realmente sostenible la idea de que las mayorías populares regionales, a quienes Fals dirige su libro, no merecen un análisis de la formación y naturaleza de este marco histórico que envuelve -y las más de las veces impide- su lucha democrática y la formación de la cultura popular de resistencia tratada por Fals. ¿No se les debe entregar una historiografía que explique cómo y por qué la lucha por establecer el marco ideológico e institucional que fomentara el capitalismo liberal y dependiente en Colombia llevó a decenas de miles de sus antepasados a la muerte, desmembró el país (y una buena parte de la región costeña), y sentó las bases para una lucha de clases moderna, que llevaría a los trabajadores rurales y urbanos a incidir de manera determinante en la historia general del país a partir de los años veinte?<sup>25</sup> ¿Es suGciente, en fin, solamente hablar de los momentos de movilización popular en la historia?

## 2. Fuentes Primarias

El segundo pilar de la lógica profesional de los historiadores, las fuentes primarias, es considerado frecuentemente por otros profesionales, especialmente los científicos sociales, como un irracional fetichismo de la disciplina. El hecho de que los historiadores veneren las fuentes primarias, que exijan que los historiadores neófitos construyan sus tesis doctorales en torno a ellas,

24 Por no hablar del asunto, no encarado por Fals Borda y aún no resuelto por la historiografía colombiana, de cómo explicar el hecho de que el período de mayor influencia de la Costa en la historia nacional ocurriera durante la Regeneración acaudillada por Núñez. Este es un problema de interés teórico no sólo para la historia regional, sino para la historia latinoamericana comparada, en general. La Regeneración encaminó al país por una ruta conservadora absolutamente anómala para el contexto latinoamericano: los demás países grandes fueron testigos, en el mismo período, de la consolidación de regímenes liberales que rápidamente promovieron el desarrollo de un capitalismo orientado hacia la exportación. El trabajo más completo sobre Núñez y la política regional durante este período es el de James Parle, *Rafael Núñez and the Politics of Colombian Regionalism*. Baton Rouge, Louisiana, 1985.

25 Esta, al menos, es la tesis avanzada en mis estudios: *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910*, Medellín, 1978 y *Los trabajadores en la historia Latinoamericana*, capítulo 5. Los esfuerzos de Fals Borda por conceptualizar este período parecen confusos y contradictorios. Fals postula un proceso de "autodestrucción" de la clase dirigente regional (Vol. III, cap. 6, canal B, sección B), proceso que alcanza "su climax a finales del siglo XIX y comienzos del XX" (Vol. III, p. 146B). Esto es seguido por una "combinación de funciones económicas en grupos dominantes" (Vol. III, cap 6, canal B, sección C, p. 155B), un período que es cronológicamente poco claro, pero que parece transcurrir a principios del siglo XX y que, a su turno, conduce a "la violencia patológica" (Vol. III, cap. 6, canal B, sección C, p. 155B), y una época que, aparentemente, se extiende y llega hasta la violencia de mediados del siglo (Vol. III, p. 157 B). Un hecho sintomático de la dificultad de Fals Borda para conceptualizar la totalidad del período (1865-1930) es su extraordinaria decisión (Vol. III, cap. 5) de abandonar temporalmente el canal conceptual B de su formato de doble canal y de "combinar aquí la teoría con la descripción" (Vol. III, p. 96).

y que dediquen sus más altos elogios a trabajos que incorporen el descubrimiento o el nuevo manejo de ellas, es indicio de la importancia de las fuentes primarias para la lógica interna de la disciplina. Gran parte del entrenamiento de los historiadores gira en torno al aprendizaje del cómo "leer" las fuentes primarias, o si se quiere, a la corrección de las distorsiones de la realidad inherentes a ellas. Los historiadores entienden que tanto el material primario como el secundario, que constituye el objeto de su crítica historiográfica, emana de fuentes marcadas por intereses personales, de grupo, de género, de clase, etc. Por consiguiente, para el historiador no hay propiamente "hechos", y mucho menos los llamados "datos-columnas" en torno a los cuales Fals desarrolla gran parte de su imaginada narrativa y de sus construcciones interpretativas.

Hay sólo trozos de información cuyo significado es interpretado por determinados historiadores y cuyo valor y significado están potencialmente sujetos a la reevaluación de otros historiadores. Esta es la razón por la cual todas las fuentes primarias deben ser íntegramente documentadas y su ubicación claramente indicada, de tal modo que teóricamente sea posible el juicio de otros historiadores sobre su significado. La disciplina y autorregulación que dicho procedimiento impone al historiador profesional es altamente saludable. Constituye para los historiadores el equivalente de la re-experimentación en las ciencias naturales. El historiador sabe que si fuerza el significado de las fuentes, o deja de corregir la distorsión a ellas inherente, su interpretación de esta información se expone fácilmente al cuestionamiento, así como el pasar por alto fuentes secundarias bien documentadas y argumentadas llevará a sus colegas a descartar la validez de su trabajo.

La mayor parte de los científicos sociales que intentan escribir historia desdeñan las fuentes primarias o las usan acríticamente, como fuentes de los "datos". Fals no desdeña las fuentes primarias; de hecho ha descubierto o acumulado una buena cantidad de material primario en su estudio. Pero con frecuencia deja de someter dicho material a una crítica exigente.

A veces Fals parece no darse cuenta del efecto distorsionador de sus fuentes. Pero es este efecto el que puede explicar en parte el curioso énfasis del libro en la época colonial. A los ojos de un historiador, este énfasis en el período colonial puede obedecer, por lo menos en parte, a la riqueza y disponibilidad de documentos sobre dicho período en los archivos históricos comunes y corrientes. La preferencia por los documentos coloniales puede explicar también por qué el primer volumen de Fals se le salió de las manos. Ante la dificultad de encontrar información que sustentara su tesis sobre la cultura regional, terminó concentrándose sobre las minucias de la tradición de las élites. (El mismo proceso se repite en los volúmenes III y IV; sólo varía el escenario geográfico de Mompox a San Jorge y luego al Sinú y las sabanas de Cartagena). En contraste, como hemos visto, casi no hay información sobre el período que va desde 1.860 hasta 1.920 e inclusive hasta 1.960. Este período

crucial es lamentablemente descuidado en la historiografía colombiana, debido en gran parte a la inexistencia o el completo desorden de los documentos de esta época en los archivos de la nación. En cambio, llegando a la época contemporánea, de 1.960 hasta el presente, las fuentes orales a que acude Fals le proporcionan bastante información, lo cual explica en parte la riqueza de su descripción y análisis del movimiento social de esta época

En fin, y no obstante las exageradas pretensiones de Fals con el método que califica de "investigación de baúl", la estructura misma del libro, sobre todo el peso que asumen sus distintas épocas cronológicas, parece derivarse en gran parte de la existencia de fuentes primarias tradicionales. La llamada "investigación de baúl", que consiste en la tarea prosaica de todo historiador local de preguntar a la gente si posee papeles o fotografías viejas, y que presumiblemente debería haberse prestado a llenar el vacío que abarca desde mediados del siglo pasado a mediados de éste, parece haber aportado poco al estudio. Esto, parece, se debe en parte a que los documentos de "baúl" que más interesan a los historiadores sociales y económicos -libros de contabilidad, archivos de empresa- o no fueron localizados o fueron descuidados por el equipo de Fals. Sin embargo, son estas fuentes, además de las que reposan en los archivos locales de registro y notaría y en la prensa local, las que han proporcionado la información primaria para las pocas pero a menudo excelentes historias profesionales regionales y nacionales que tenemos sobre este período de historia colombiana<sup>6</sup>.

Otras veces Fals es complaciente con el claro sesgo de sus fuentes, tal como sucede en los casos de testimonio popular. Los historiadores no tienen dificultad alguna en generar e incorporar fuentes orales a su metodología. Pero los que se apoyan considerablemente en la historia oral han desarrollado procedimientos muy estrictos para someter estas fuentes primarias a los cánones de su disciplina. Identifican y fechan sus fuentes orales, muchas veces grabadas o mecanografiadas en totalidad y verbatim, y las guardan en archivos abiertos al público. De esta manera, dichas fuentes primarias son accesibles al uso y, lo que es más importante, a la reinterpretación por parte de otros investigadores. Aunque Fals ha depositado su material primario en un archivo público, el hecho de que en el libro muchas de sus fuentes (y no sólo las orales) no sean identificadas y fechadas de manera precisa -a menudo recurre a un listado que aparece al final de los capítulos- dificulta o hace imposible la labor de reinterpretación. Pero lo que es peor para el historiador, es la costumbre de interpretar, ordenar y elaborar gran parte del material oral que se consigue, como hizo Fals con su libro ,

26 Dos buenos ejemplos son: Marco Palacios, *El café en Colombia, 1850-1930*, México, 1983, y Roger Brew, *El desarrollo económico de Antioquia desde la independencia hasta 1920*. Medellín.

bajo la creencia de que el trabajador rural opera bajo una racionalidad distinta a la de las demás personas . Este procedimiento puede ser muy útil para sus fines, pero para el historiador profesional se trata ya de un material contaminado: no se sabe qué parte es de Fals y cuál de su informante.

### 3. Interrelación

Estamos aproximándonos a la conclusión de esta crítica disciplinaria y podemos finalmente centrar nuestra atención en el tercer principio fundamental de la lógica disciplinaria del historiador: su perseverante defensa de la interrelación de todos los aspectos del cambio social. Este interés por la totalidad histórica es lo que diferencia de manera tajante su disciplina de las ciencias sociales, ciencias que fundamentan sus lógicas en la idea de que es más eficaz y significativo desmembrar una parte de la realidad social (la economía, la política, las ideas o las acciones de los grupos sociales) y medir sus características dinámicas a lo largo del tiempo. Así pues, los científicos sociales se interesan más en originar o aplicar teorías universales relacionadas a su limitado campo temático, a través del tiempo y del espacio; mientras que los historiadores, tal como lo hemos señalado arriba en la discusión sobre la historiografía, centran su atención en el cambio de sociedades totales, por lo general de regiones mundiales o de naciones individuales a lo largo de períodos de tiempo relativamente extensos. Aun cuando su investigación primaria puede ser bastante especializada, el objetivo de su entrenamiento y de sus estudios es obtener un dominio cabal del conocimiento existente acerca del pasado de una cultura o una sociedad dadas, relacionado con su lengua, literatura, ciencia, tecnología, economía, política, estructura social o vida intelectual. Por tanto, se preocupan menos que sus colegas de las ciencias sociales por las teorías universales, y se destacan por su omisión de comparaciones abstractas interculturales e intertemporales de que tanto se ufanan los científicos sociales. Pero en su propio terreno los historiadores están amplia y excepcionalmente dotados para encarar de manera concreta las múltiples y sutiles interconexiones dialécticas

27 Descripción de estos procedimientos aparecen con frecuencia en la obra de Fals Borda (véase, por ejemplo, *Resistencia en San Jorge*, 29B-31B), pero sus implicaciones para la devolución de las fuentes orales se revelan, quizás, con más claridad en el siguiente pasaje: *"Hay, pues, en la tradición y cultura campesinas elementos positivos y negativos hacia el cambio social que abren posibilidades para transformaciones revolucionarias en el conocimiento y en la acción... En muchos casos es fácil determinar algunas de las fuentes y canales de ja alienación que impiden una acción consecuente campesina, aquella proveniente de la difusión de valores burgueses. Se puede, por tanto, equilibrar el peso de estos valores alienantes mediante una devolución enriquecida del mismo conocimiento campesino, especialmente de su historia y realizaciones, que vaya llevando a nuevos niveles de conciencia política en los grupos. Así se va transformando el sentido común de éstos para hacerlo más receptivo al cambio radical de la sociedad..."* (*Ciencia propia*, p. 113).

28 Véase, por ejemplo, *Ciencia propia*, pp. 106-7.

de una vida social circunscrita a través del tiempo. Y este punto fuerte disciplinario, como veremos más adelante, tiene implicaciones políticas sorprendentemente democráticas. Estas implicaciones, a su vez, se manifiestan en los métodos de los historiadores, de maneras que tienen un interés muy especial para aquellos de nosotros que, como Fals Borda, nos preocupamos por poner nuestros conocimientos al servicio de la lucha democrática popular.

Para los historiadores hacer hincapié en la interconexión del cambio social significa no sólo que *cada cosa* afecta y es afectada por todas las demás (valores, percepciones, ideas, tecnología, cambio económico y social), sino que *toda persona* afecta al cambio social y es, a su turno, afectada por éste. Esta noción simple y obvia (que los científicos sociales comparten hasta cierto punto con los historiadores, pero que prefieren relegar a un nivel inferior de prioridad en su investigación de otros objetivos disciplinarios) ha tenido, con el correr del tiempo implicaciones revolucionarias para la disciplina de la historia . Un índice de este proceso es la evolución secular de la definición

29 El principio de interconexión puede ayudar a explicar, por ejemplo, la afinidad relativamente mayor que tiene la disciplina histórica, comparada con las varias disciplinas sociales, con las modalidades de análisis marxista. Este punto de discusión es complejo, y aquí tan sólo podemos esbozarlo. La mayor y más ampliamente aceptada contribución que ha hecho el marxismo al pensamiento social moderno -un beneficio aceptado casi de manera universal fuera de los claustros positivistas de las esferas reaccionarias de las ciencias sociales del primer mundo, en especial en las universidades norteamericanas- es precisamente el énfasis que hace en la interconexión de la vida social. El hecho de que la teoría marxista que especifica la naturaleza exacta de estas interconexiones haya sido objeto de acalorados debates desde hace ya varias generaciones, tanto por marxistas como por no marxistas, no niega, y de hecho confirma, la importancia de esta contribución revolucionaria. El grado en que la *Historia doble* concuerda con este fundamental principio marxista de interrelación, y con la teoría marxista en general, también requeriría una detallada discusión aparte. A pesar de sus afirmaciones acerca de su marxismo-leninismo, el enfoque idealista del estudio debe muy poco al materialismo histórico; tiene, más bien, un cercano parecido con el pensamiento de Lenin sobre el papel desempeñado por los intelectuales y los partidos de vanguardia. Una ilustración simple de esta diferencia se encuentra en una comparación del tratamiento voluntarista que da Fals a la movilización agraria de la Costa en la década de 1970 en *Retorno a la Tierra*, donde exalta el papel desempeñado por los intelectuales-activistas externos, con el tratamiento de León Zamosc, cuyo detallado análisis recalca las conexiones sistemáticas que existen entre el desarrollo estructural, económico, social y político, por una parte, y la movilización social, por otra. (Véase, *The Agrarian Question and the Peasant Movement in Colombia*, Cambridge, Inglaterra, 1986).

Otro ejemplo de la aversión operativa de Fals al análisis marxista es su periodización de la historia de Colombia, discutida anteriormente. Al dejar de encarar sistemáticamente el período crucial comprendido entre 1860-1930, aborda el conjunto del proceso de transformación capitalista de manera esporádica y anecdótica. En otro trabajo suyo, Fals extiende su peculiar conceptualización de la historia colombiana al resto del mundo. En "El Nuevo Despertar de los Movimientos Sociales", reeditado en *Ciencia propia*, celebra la emergencia de los movimientos democráticos populares en la década de 1970 después de haber sido "opacados, silenciados, suplantados o asimilados desde mediados del siglo pasado". "Fue un adormecimiento de decenios interrumpido por varias guerras totales y dictaduras militares..., una larga pausa rota por muchos conflictos regionales y por una cadena de erupciones anticoloniales en países periféricos" (pp. 131-32). Con estas cortas frases Fals despacha, entre otras cosas, toda la historia de los movimientos obreros organizados de América Latina. En el caso del primer mundo, el punto focal de sus observaciones, ignora virtualmente acontecimientos de resonancia mundial como la

de las fuentes primarias. En el siglo pasado, en la época en que los historiadores empezaban a definirse profesionalmente, estas fuentes estaban conformadas prácticamente tan sólo por documentos de estado y de hombres públicos. Sin embargo, con el pasar de los años el principio de interconexión ha llegado a ampliarse mucho y, más importante aún, a profundizar cada vez más la definición de las fuentes, de manera tal que desde hace algún tiempo el más alto grado de prestigio dentro de la disciplina ha sido otorgado a los "nuevos historiadores sociales" que trabajan en la frontera popular de la investigación histórica, utilizando fuentes tan mundanas como los registros de bautismo de la gente común o los expedientes policiales donde se consignan las definiciones y frecuencias de "criminalidad", o que llevan a cabo entrevistas sistemáticas con veintenas de antiguos trabajadores textiles o de aparceros rurales.

Otro efecto revolucionario -e inherentemente democrático- del principio de interconexión concierne a la forma en que los historiadores eligen exponer su investigación. Respecto a este punto el grado de progreso democrático es más desigual y, en cierta medida, puede incluso afirmarse que ha disminuido algo en comparación con el alto nivel literario alcanzado por los historiadores del siglo XIX. Pero a todo lo largo de la vida profesional de la disciplina, los historiadores se han empeñado con vigor en adoptar modalidades narrativas de discurso, prefiriéndolas a aquellas más obviamente analíticas; además, se han resistido con tenacidad (en contraste con lo ocurrido entre sus colegas de las ciencias sociales) a la invención o a la utilización de un lenguaje ajeno a la comprensión de su audiencia, a la que siempre han definido como la del "lego inteligente". La preferencia concedida a la modalidad narrativa refleja, sin duda, muchas consideraciones -incluida quizá la influencia de antiguas y populares tradiciones universales de transmisión oral-. No obstante, en este punto quiero hacer énfasis en la conexión dual que existe entre el discurso narrativo y el principio de interconexión. Si, tal como afirman con insistencia los historiadores, cada cosa afecta a todas las demás, la mejor forma de proceder en una exposición parece ser la de avanzar un paso a la vez, en orden cronológico, evaluando la influencia que el cambio ocurrido en una esfera ha ejercido sobre todas las demás y el impacto de las reverberaciones dialécticas que resultan de ello. Y si cada persona afecta la historia y es

transición al capitalismo monopolista, el advenimiento del imperialismo, la consolidación de organizaciones masivas de trabajadores industriales, las guerras mundiales por el control de la economía capitalista global, la gran crisis del capitalismo ocurrida entre estas dos guerras y, finalmente, lo que Karl Polanyi llamó "la Gran Transformación": la institucionalización de los programas de bienestar social y la incorporación del movimiento obrero que ha definido el mundo social de todas las generaciones de la postguerra. Las movilizaciones sociales del decenio de 1970, que Fals tan justificadamente celebra, son tan sólo el último capítulo *interconexo* de este largo proceso *histórico*. Y cada uno de los pasos sucesivos mencionados arriba puede ser interpretado, por medio del análisis marxista, como una respuesta dialéctica a la lucha de la clase popular por el cambio social democrático..

afectada a su turno por ella, es completamente comprensible que los historiadores traten de escribir dirigiéndose al lego e intenten percibir su respuesta

Este breve examen de algunas de las implicaciones metodológicas y políticas de la vigorosa defensa que hace el historiador profesional del principio de interconexión, especialmente de sus tendencias populares y democráticas, debería ser suficiente para demostrar la gran semejanza que existe entre las tendencias disciplinarias de los historiadores y el objetivo que se señala Fals Borda en su *Historia doble*: poner sus conocimientos al servicio de la causa de la lucha democrática popular. Al mismo tiempo, sin embargo, también debería ser evidente que, para los historiadores, los métodos extraordinarios que utiliza el autor, en particular su idea de escribir el libro en dos canales, acto que hemos descrito al comienzo de este ensayo, tienden a violar su profunda lógica disciplinaria y amenazan con destruir su promesa democrática.

Sin lugar a dudas, los historiadores no han resuelto el problema de cómo comunicarse efectiva y realmente con la mayoría popular que consideran su audiencia ideal. Y, como hemos señalado arriba, pueden incluso haber retrocedido algo con relación al nivel establecido por sus antecesores del siglo XIX, cuyo énfasis en la técnica literaria y la narrativa hacía que su trabajo llegara a una amplia audiencia de legos cultos, un estrato que, no obstante, adolecía de severas limitaciones. Parte de esta regresión ocurrida en nuestra propia época puede haber sido el resultado del atractivo "científico" y del apoyo gubernamental a las "rigurosas" ciencias sociales, procesos que condujeron a algunos historiadores a abandonar parcialmente su compromiso con la narrativa e incluso con el principio de interconexión. Estas acusaciones han sido dirigidas con frecuencia a los "cliométricos" (historiadores que centran su atención en datos estadísticos y mensurables) y también a los practicantes de la "nueva" historia social, en particular a algunos que al hacer énfasis en la vida de los "pobres" parecen haber olvidado la "política"<sup>30</sup>. Finalmente, la cuestión que concierne a la extensión y al alcance intelectual de una audiencia denominada de "legos cultos" tiene, obviamente, en la era actual, un tipo de significación para el historiador del mundo desarrollado -donde los niveles de cultura básica y de educación formal son muy altos-, y otro muy diferente para el profesional del mundo subdesarrollado -donde la "audiencia popular", si bien puede incluir a una mayoría que tiene conocimientos básicos de lectura, cuenta con muy pocas personas que hayan tenido la ventaja de adquirir una educación secundaria o universitaria.

No obstante, en su calidad de historiadores, todos deben continuar buscando una transacción conveniente en torno a la cuestión de cómo seguir siendo fieles a su lógica disciplinaria, a la obligatoria atención a la historiografía y

30 Véase, por ejemplo, la crítica de Elizabeth Fox-Genovese y Eugene Genovese, "The Political Crisis of Social History", *Journal of Social History* 10, Winter, 1976.

a la evaluación de las fuentes primarias, y lograr, a pesar de ello, una comunicación con la amplia audiencia popular que exige el principio de interconexión. (Esta es la forma en que el historiador formula el dilema que Fals Borda llama, en los pasajes autocríticos citados arriba, la tensión entre la "ciencia" y el "compromiso político").

Algunos historiadores, desilusionados por su falta de éxito en lograr esta comunicación, se refugian en el árido y especializado discurso que caracteriza a muchas revistas profesionales de la disciplina; otros, transigen en su compromiso con la lógica disciplinaria y sus exigencias, en un esfuerzo por generar libros y folletos populares o abandonan por completo el medio escrito y vinculan su vocación histórica profesional al oficio y las habilidades de los productores de imágenes visuales. (Esta solución es muy afín al primero de los dos o tres niveles de discurso de Fals Borda). La mayoría, sin embargo, continúa luchando con el dilema de cómo lograr ser fiel a los tres pilares básicos de su disciplina. A pesar de sus evidentes fracasos tienen que persistir en esta lucha, por la simple razón de que poner en peligro a cualquiera de los tres constituye una violación de los restantes y un debilitamiento de la promesa democrática de toda su metodología. En la esencia misma de la defensa que hacen los historiadores de la evaluación de la historiografía y de las fuentes primarias, predomina la idea de que la ciudadanía de una sociedad democrática debe aprender a discernir las parcialidades que hay en todas las visiones de su pasado. Si logra hacerlo podrá juzgar mejor la manera en que las cosas han llegado a ser lo que son, y estará en posición de adoptar decisiones políticas inteligentes para mejorarlas de la manera más conveniente. Pero debido a que el historiador sabe bien que cualquier percepción es gobernada por cuestiones de clase, género, etnia, etc., es consciente de que sólo mediante la difusión del conocimiento del pasado entre la *mayoría* puede ponerse en acción lo verdaderamente popular y democrático. En esto estriba el continuo dilema del historiador: su necesidad de seguir fiel a sus tres principios disciplinarios a pesar de su constante y manifiesta falta de éxito en comunicarse con una audiencia verdaderamente popular.

Tal como ocurre con la mayoría de los científicos sociales, el hecho de que Fals Borda no comparta ninguno de estos tres principios disciplinarios hace que su idea de originar conocimientos históricos, de procesarlos para una praxis revolucionaria y de presentarlos de nuevo sistemáticamente de acuerdo con la sofisticación mental y política de su audiencia, sea para el historiador, elitista, manipuladora e inherentemente no democrática. Los procedimientos de Fals Borda, como hemos podido ver, privan tanto al autor como a su audiencia del conocimiento de explicaciones alternas (historiografía) y de la

31 Para una presentación sistemática de la filosofía política de Fals vertida a estos procedimientos metodológicos, véase el capítulo 9 de *Ciencia propia*.

información (fuentes primarias) acerca del pasado. Ya que su elección de la información y de la interpretación no está sujeta a un control exterior independiente, su método tiende constantemente a subvertir la causa de la "ciencia" en nombre del "compromiso político" -el suyo, el de su grupo, el de su región y el de su clase.

Pero si los historiadores creen que su crítica al trabajo de Fals Borda en calidad de obra histórica tiene mérito, la cuestión que concierne a la difusión popular es más compleja. Por una parte, los historiadores deben admitir su propia falta de éxito en hacer frente a las exigencias de este principio disciplinario; por otra, el libro de Fals Borda parece encarar este punto de manera cabal, completa e imaginativa. Por estas dos razones, corresponde a los historiadores evaluar con el mayor cuidado posible las metas, los medios y los efectos de los extraordinarios esfuerzos del autor para presentar al público su investigación.

La técnica de los dos canales de Fals Borda da por sentado que algunas personas tienen una mayor capacidad de pensar de manera abstracta y teórica, mientras que otras captan con más facilidad lo concreto, lo descriptivo y lo anecdótico. Sin duda, estos atributos no son, según Fals Borda, inherentes, sino que han ido formándose a causa de la experiencia y la educación. Los "campesinos" que luchan por su existencia haciendo frente a las fuerzas de la naturaleza tienen más afinidad con el pensamiento concreto; los universitarios, en cambio, son más adeptos al pensamiento abstracto. Desde un punto de vista ideal, los métodos investigativos de Fals Borda y su invento de dos canales para la difusión de los resultados, están diseñados para tender un puente entre estos dos mundos mentales: por una parte, mediante la participación en la lucha popular y a través de la revisión de su trabajo por los activistas populares, los "intelectuales" aprenden a apreciar los objetivos y el pensamiento de los "campesinos"; por otra, los "campesinos", al compartir su historia popular con los "intelectuales", quienes la "enriquecen" y la devuelven de manera "sistemática", aprenden a apreciar la teoría social abstracta y democrática.

Para los historiadores, sin embargo, tanto en la teoría como en la práctica, estas propuestas aparentemente atractivas y diseñadas para resolver el problema de la difusión popular resultan ser en extremo problemáticas. Los historiadores no tienen ningún inconveniente en aceptar la idea de la existencia de diferentes mundos mentales gobernados por la experiencia y la educación puesto que, como ya lo hemos visto en la parte que concierne a la discusión de la historiografía y las fuentes primarias, este concepto hace parte fundamental de toda su metodología; pero rechazan la idea de separar las modalidades abstracta y concreta del pensamiento y del discurso. Contrariamente a lo que ocurre en el caso de los científicos sociales, los historiadores no empiezan a trabajar con lo abstracto (teoría social) para después tratar de aplicarlo a lo concreto (mediante los estudios de caso); tratan, en cambio, de dominar simultáneamente

lo abstracto (a lo que denominan interpretación) y lo concreto (el conocimiento empírico existente en las fuentes secundarias) para proceder luego a acopiar más conocimientos empíricos (mediante la interpretación abstracta de las fuentes primarias), para producir nuevas interpretaciones (abstractas), que por lo general exponen en una forma narrativa que *combina* el análisis y la descripción en un movimiento cronológico. Para ellos *toda* descripción es también abstracta, ya que en su meta de producir una significación es selectiva; y toda abstracción es descriptiva puesto que está basada en un conocimiento concreto. Por consiguiente, si bien los historiadores están de acuerdo con la idea de que deben aprender a presentar mejor su trabajo, con un vocabulario que concuerde con el de la mayoría popular y, como se reitera más abajo, ciertamente necesitan aprender a involucrarse, siguiendo el enérgico ejemplo de Fals Borda, tanto personal como profesionalmente en la lucha popular, rechazan categóricamente, no obstante, la idea de dos universos mentales, el abstracto y el concreto . Esta posición filosófica y disciplinaria es revelada con gran claridad por su terca preferencia por la expresión narrativa que incorpora sutilmente estas dos dimensiones mentales indivisibles. Por todas estas razones, la idea de Fals Borda de realizar dos discursos para dos intelectos separados es chocante para los historiadores, ya que viola los profundos e interrelacionados supuestos filosóficos, metodológicos y expositivos que gobiernan su práctica disciplinaria.

Además, independientemente de esta crítica, el discurso de doble canal de Fals Borda parece adolecer de serios defectos en sí, lo que se revela tanto en términos conceptuales como mecánicos. Estos problemas minan gravemente el anhelado efecto sobre la audiencia y, por tanto, también subvierten el objetivo político señalado por el autor. En primer lugar, no está muy claro el hecho de si Fals Borda llegó a creer que algunos lectores en realidad querrían o podrían leer sólo una de las columnas o si el autor consideró que podrían y deberían leer ambos canales; aun cuando, según parece, esperaba que todos prestaran atención a ambos para que de esta manera su información fuese más completa. De todos modos, y este es el segundo punto, sin importar que se intente leer uno de los dos canales, o incluso los dos, el lector se encuentra enfrentado de inmediato con el problema de la falta de coherencia. El canal "A" contiene el análisis, lo mismo que otros puntos prometidos por el autor (véanse, por ejemplo, los extensos informes incluidos en esta columna, en los tomos I y II); el "B" incluye no sólo las discusiones acerca de la teoría y los conceptos, sino que resume, tal como lo señala Fals, los "hechos". Y cuando

32 En realidad, contrario a lo que supone Fals, parece que un importante efecto del progreso del pensamiento "racional" secular, que es el sello distintivo de la tradición intelectual de Occidente, ha sido el de aminorar entre los "intelectuales" las dimensiones míticas, simbólicas y abstractas de un universo mental que en otras culturas -y entre las mismas clases populares occidentales— se mantiene casi intacto.

este material teórico no ocupa las páginas "B", éstas sirven como depósito para la mayoría de los cientos de fotografías del libro (según mis cálculos alrededor del 75% de ellas), y que se esperaría que fueran parte integrante del material de la columna "A". En pocas palabras, la interferencia de ambos canales hace que las voces separadas de cada uno sean poco claras y confusas.

Por otra parte, si se intenta efectuar una lectura de ambas columnas, ya sea simultáneamente, tal como esperaba originalmente el autor, o por separado, siguiendo el orden de los capítulos, como sugiere Fals al comienzo del volumen II, el lector se encuentra ante nuevos problemas e interrogantes. La lectura simultánea, tal como parece admitirlo tácitamente el autor al comienzo de ese volumen, ofrece problemas mecánicos y conceptuales tan agobiantes (ya que hay que desplazarse interminablemente de un lado a otro, hay que ahondar en dos discursos supuestamente bastante diferentes y en el ir y venir del proceso se pierde el hilo del argumento) que parece ser más conveniente leer las columnas de cada capítulo por separado. Pero este procedimiento involucra una cantidad de repetición tan grande que el lector empieza a cuestionar el concepto y la mecánica del mismo formato de los canales. ¿Si hay que leer los dos canales en orden de sucesión, por qué no colocarlos uno tras otro, longitudinalmente, eliminando así toda la repetición y ahorrando, por consiguiente, al autor, al lector y al editor, los gastos en términos de tiempo y de costo material que implica el formato de dos canales?

Pero a pesar de las contradicciones lógicas y la falta de funcionalidad mecánica, para los historiadores los mayores problemas del formato de los dos canales son de carácter filosófico y metodológico. He intentado demostrar las tendencias democráticas de cada uno de los tres pilares del método del historiador y señalar cómo, al violar cada uno de los elementos, Fals Borda paradójicamente subvierte la intención democrática de su historia. Este resultado paradójico se halla encapsulado en el formato de los dos canales que elige para su libro. Al postular la existencia de mundos mentales separados para los intelectuales y las fuerzas populares, al crear una falsa dicotomía entre lo abstracto y lo concreto, su libro parece reflejar las terribles dicotomías de la historia moderna colombiana: lo rural versus lo urbano, el hacha versus el papel sellado, la ruana versus la corbata, el país nacional versus el país político. La ironía final para un historiador, es que en su intento concertado por superar estas dicotomías antidemocráticas, Fals Borda inconsciente y expositivamente las ha institucionalizado en su libro.

Como he señalado, los historiadores no han resuelto el problema trascendental planteado por Fals Borda en su *Historia Doble de la Cosía*: cómo escribir una historia socialmente responsable, fiel a las luchas democráticas y a las metas de las mayorías. Pero cuando los historiadores rechazan la dicotomía entre lo abstracto y lo concreto, entre el análisis y la narrativa, entre los métodos de las ciencias sociales y los de las humanidades, parecen tener en su poder los mejores medios para resolver esta problemática. Armados con

una disciplina a la que consideran, con razón, generadora de los métodos mas apropiados y más democráticos para originar, analizar y difundir el conocimiento sobre el pasado, parece que los historiadores tan sólo carecen de voluntad para hacerlo.

A lo largo de la preparación y la redacción de su libro, Fals Borda les ha mostrado cuan grande es la magnitud de su compromiso personal para alcanzar la meta de escribir una historia democrática y popular, y mediante el ejemplo de su involucramiento en la lucha social, ha puesto de manifiesto una vez más, para todos nosotros, las fuentes populares de todo conocimiento y todo cambio social democrático. Es de esperar que la próxima vez que se forme un grupo activista para escribir este tipo de historia, se invite a un historiador a hacer parte de él. Para el historiador, dado lo que puede aprender con la lectura de la *Historia doble*, la invitación sena una propuesta muy difícil de rechazar.